



CUADERNOS DEL FORO CONTRA LA GUERRA CUADERNO NÚMERO 10

- **Presentación de los Cuadernos**
- **Intervenciones undécima sesión del Foro**
- **Texto de Juan Bosch: "Qué es el pentagonismo"**
- **Programa del foro**

**Alianza de Intelectuales Antiimperialistas
Foro Contra la Guerra Imperialista y la OTAN**

CUADERNOS DEL FORO CONTRA LA GUERRA IMPERIALISTA

Los Cuadernos del Foro Contra la Guerra, quieren ser una publicación que recoja los resúmenes de las ponencias y debates de los encuentros del Foro.

Es un intento más de hacer frente a la negación de la historia que propugna el pensamiento postmoderno dominante en nuestra sociedad.

La guerra necesita del olvido de los daños que causa, de los intereses que la promueven. Olvido para falsear y manipular, para que cada noticia sobre ella aparezca como nueva. Olvido para fraccionar la realidad y hacerla incomprensible. Olvido de nuestra responsabilidad en la destrucción y el sufrimiento.

Estos cuadernos forman parte de la lucha contra ese olvido, una contribución a la construcción de la memoria histórica de la guerra.

Hablamos de Cuadernos en plural, porque seguirán publicándose con el resto de los encuentros, respondiendo a una de nuestras más palpables carencias: La continuidad en la acción militante.

En esta ocasión, pretendemos recorrer un camino de conocimiento, reflexión y acción, por tiempo indefinido, contribuyendo a organizar y movilizar a la sociedad contra la guerra imperialista, ofreciendo la máxima resistencia frente a la OTAN y las BASES USAmericanas y especialmente contra la celebración de las maniobras en Gibraltar, anunciadas para el otoño de 2015.

RESUMEN DE LA UNDÉCIMA SESIÓN DE LAS JORNADAS

“OBJETIVOS DE LA GUERRA IMPERIALISTA”

(28 de Abril de 2016)

Objetivos político-económicos de la guerra imperialista

Intervención de Miguel León

§1. Presentación

El objetivo principal de esta sesión es proporcionar argumentos que nos permitan ir más allá de una comprensión simplista y frecuente de cuáles son los motivos de las intervenciones imperialistas. Esto es importante porque un diagnóstico pobre conduce a respuestas insuficientes o erróneas.

Según esa versión simplista y frecuente, las intervenciones imperialistas están fundamentalmente movidas por la voluntad de saquear recursos naturales. Supone, por tanto, no sólo que las motivaciones fundamentales del imperialismo son económicas, sino además que se centran fundamentalmente en un aspecto concreto de la economía capitalista: el acceso a materias primas. Frente a esta versión, voy a proponer otra distinta.

§2. La guerra es un hecho político

La guerra es una forma de violencia colectiva, armada y sangrienta, metódica y organizada en lo que se refiere tanto a los grupos que la libran como a la manera en que lo hacen, y cuyo propósito mas evidente es obligar al contrario

a hacer nuestra voluntad. Donde hay una guerra hay sujetos sociales organizados y hay relaciones de poder, entre los bandos enfrentados y al interior de cada bando.

Por tanto, el motivo fundamental de una guerra es siempre mantener o cambiar una determinada relación de poder, tanto en relación con los aliados como en relación con el enemigo. Pero la forma en la que se entiende y se ejerce el poder varía notablemente según el momento histórico y las condiciones sociales, y los motivos explícitos de las acciones tienen más que ver con las formas de entender el mundo y la sociedad, lo que es justo e injusto, defendible y rechazable, que con las condiciones materiales que hacen posible la supervivencia de las sociedades.

Que el materialismo histórico nos lleve a preguntarnos siempre por los condicionantes materiales, incluso económicos, de cualquier lógica social, no quiere decir que esos condicionantes vayan a señalar siempre, en todo tiempo y lugar, cuáles son los motivos reales, últimos, de las acciones humanas. Una cosa es que toda acción social o política tenga una función o una faceta económica y otra que toda acción social o política tenga un motivo fundamentalmente económico.

§3. La guerra imperialista de la cual hablamos es un fenómeno vinculado al capitalismo

El modo de producción capitalista es actualmente dominante, y uno de sus rasgos fundamentales es que transforma todas las relaciones de poder, que

ahora quedan siempre condicionadas por la lógica “objetiva” de la economía capitalista y por la consecución de sus fines últimos particulares: la creación de plusvalor en la producción, y su realización como dinero y ganancia en la circulación, con el propósito de mantener una situación de dominación de clase. El objetivo de la clase capitalista es producir plusvalor y obtener una ganancia, pero el plusvalor y la ganancia no tienen sentido como fines en sí mismos, sino sólo como medios para mantener una situación de desigualdad política y social en el que una clase dominante tiene capacidad de mando sobre una clase sometida.

El capitalismo es, por tanto, una forma de dominación, de ejercicio del poder, que transforma, condiciona, subsume, todas las demás, y la guerra no es una excepción. La guerra se convierte en un instrumento que refuerza la dominación capitalista, un mecanismo de acumulación originaria, y por tanto tiene funciones económicas específicas que pueden aparecer también o no como los motivos explícitos declarados. Esas funciones económicas van mucho más allá del saqueo de recursos naturales, porque la lógica económica capitalista es mucho más compleja: como el objetivo fundamental de la economía capitalista es crear plusvalor en la producción y realizarlo en la circulación, cualquier elemento que participa en el proceso de producción y realización del plusvalor es susceptible de aparecer como un factor económico que explique una agresión imperialista.

Hay agresiones imperialistas para controlar rutas comerciales, para abrir mercados, para destruir a rivales económicos, para adquirir el control sobre industrias relevantes... Además, la clase capitalista no es homogénea, de

modo que una agresión imperialista con fines estrictamente económicos puede no contar con el beneplácito de todos los sectores económicos con capacidad para influir en las decisiones políticas de una potencia imperial.

§4. Dominación de clase y guerra imperialista

Sea como fuere, lo cierto en último término es que el capitalismo es una estructura de dominación de clase y que su lógica económica objetiva enfrenta el límite crucial de que la producción de plusvalor requiere de la explotación del trabajo. Por encima, por tanto, de cualquier objetivo económico particular, está la preservación de la dominación de clase, lo cual afecta no sólo a la clase trabajadora de quien es víctima de una agresión imperialista, sino también a la clase trabajadora que sostiene a la clase dominante de cualquier potencia imperialista.

Este hecho explica la especial virulencia con la que el imperialismo ha atacado a movimientos revolucionarios de inspiración socialista. En muchos casos éstos se han producido en países que no tenían una gran importancia desde el punto de vista de la consecución de objetivos económicos concretos, ya que no poseían recursos naturales relevantes y no eran competidores económicos notables. Sin embargo, representaban un ejemplo de insurrección contra la dominación de clase y de búsqueda de otras formas de organización social, poniendo en riesgo, por tanto, no los intereses de ésta o aquella potencia imperialista, de éste o aquél sector económico, sino del sistema capitalista e imperialista en su conjunto.

§5. Pautas para construir explicaciones más ricas.

De acuerdo con lo expuesto, el estudio de cualquier agresión imperialista concreta debe evitar contentarse con explicaciones atentas a una única causa o motivo, intentando considerar tantos aspectos como sea posible, y sin perder de vista que una guerra no solamente implica la relación de poder entre los bandos que luchan sino también entre las clases sociales al interior de cada bando.

§6. Algunos ejemplos:

VIETNAM (1949-1954; 1954-1975).

Motivos económicos: si hay uno, puede ser la explotación del caucho. Motivos no económicos: auge de EEUU como nueva potencia hegemónica en el “centro” en detrimento de los imperios europeos (en este caso Francia); voluntad de evitar la expansión del comunismo.

IRAK (2003).

Motivos económicos: no solamente el control del petróleo, sino también el negocio de la reconstrucción del país, y las necesidades del complejo industrial-militar. Motivos no económicos: la disolución de las estructuras de Estado en Irak alimenta el conflicto interconfesional, generando nuevas preocupaciones para Irán. Asimismo, no podemos olvidar que es un momento

de auge político-ideológico, en Estados Unidos y en otros países del “centro”, de políticos neo-conservadores decididos a dar impulso a una transformación radical del mundo bajo el liderazgo de Washington.

PALESTINA (1948-hoy).

Motivos económicos: recursos naturales importantes en ciertas zonas (reservas de petróleo en el Mediterráneo oriental; control sobre rutas comerciales -canal de Suez-; recursos acuíferos en los altos del Golán), y, al mismo tiempo, explotación de mano de obra barata y privada de plenos derechos (en cierta medida los judíos árabes, y claramente los palestinos).

Motivos no económicos: proyección estratégica de EE.UU. en Oriente Próximo; incapacidad para enfrentarse a los resultados perversos de la judeofobia europea de la primera mitad del siglo XX sobre la identidad política de los ciudadanos europeos de origen judío; voluntad de evitar el pago de relevantes compensaciones de guerra a la Unión Soviética; voluntad de ocultar el papel fundamental de la Unión Soviética y de los partisanos organizados por los partidos comunistas en la derrota del fascismo en el frente oriental.

CUBA (1959-hoy).

Motivos económicos: Cuba no es un objetivo permanente de agresiones imperialistas, fundamentalmente por parte de EE.UU., por motivos económicos al uso (explotación de recursos naturales, apropiación de sectores de actividad especialmente boyantes) pero hay razones político-económicas

relevantes, especialmente el hecho de que la Revolución Cubana priva a los EE.UU. de un espacio geográficamente cercano pero políticamente diferenciado donde desarrollar negocios turbios e incluso ilegales (juego, prostitución, lavado de dinero) de una forma que facilite cierto entendimiento entre el crimen organizado estadounidense y las autoridades políticas. Asimismo, no se debe olvidar el hecho de que las instituciones científicas cubanas han realizado avances notables (especialmente biomédicos) que Cuba está dispuesta a difundir globalmente sin preocuparse por los intereses de la industria farmacéutica. Motivos no económicos: Cuba supone un ejemplo revolucionario de primer orden que, además, por cercanía geográfica, preocupa especialmente a Washington en la medida en que sienta un odioso precedente a favor de otros proyectos de emancipación en América Latina.

Objetivos de la guerra imperialista. El control ideológico.

Intervención de Sara Rosenberg

1.

Al comienzo de estas sesiones del foro se habló de cómo en los discursos del poder imperial se omite de manera constante la palabra imperialismo, es la palabra tabú y sin embargo es el nombre que define el sistema en el que vivimos y por lo tanto participamos: oponiéndonos a él, aceptándolo y apoyándolo o creyendo que no existe.

Gramsci decía que "Una verdadera crisis histórica ocurre cuando hay algo que está muriendo, pero no termina de morir y, al mismo tiempo, hay algo que está naciendo, pero tampoco acaba de nacer". Quizás ese sea el largo momento que estamos atravesando y por eso es necesario preguntar y analizar el control de la subjetividad –el control ideológico-, cuando las condiciones llamadas objetivas no sólo están maduras para un cambio de sistema político y social, sino que ya casi están podridas. Y cuando digo podridas me refiero a la vida en un sistema de barbarie, difícil de aceptar y sin embargo el nuestro.

En este sentido, las tres actitudes que señalaba –oponerse, apoyarlo o desconocerlo- son la expresión de una lucha de clases violenta, -otro concepto tabú- que se libra a escala mundial. Hablar de imperialismo es hablar de lucha de clases y de discurso hegemónico. Un discurso que necesita convencer de que nada puede ser ya transformado y que el sistema de explotación capitalista no sólo es natural, sino además eterno. Un discurso

imperial que lleva a pensar que existe una civilización y más allá de sus fronteras sólo barbarie, o masas deseosas de participar de la civilización occidental, colonialista y tan cristiana. Un discurso que secuestra la memoria y la historia de siglos de lucha de los trabajadores, un discurso que atomiza las luchas políticas y las empuja hacia la fragmentación en guaridas inconexas que impiden justamente la unidad de los explotados contra los explotadores. En la gran vitrina del supermercado imperialista todo cabe, menos el cuestionamiento al poder del capital, la posibilidad concreta de proponer otras formas de relación económica y social entre los seres humanos. Cuestionar al poder imperialista implica tener un proyecto concreto para realizar un cambio social y cultural profundo.

En los últimos años han surgido cientos de luchas parciales, todo tipo de ismos, matices, ongs, buenas voluntades distraídas, primaveras y revoluciones de colores, luchas justas y parciales siempre, grupos y movimientos que en su aparente diversidad coinciden en no poner en cuestión el poder imperial ni el capitalismo; esta aparente variedad y diversidad es un resultado del control ideológico de clase y su función ha sido brindar al imperio la gran oportunidad de esconderse y desaparecer como tema nuclear del sistema de explotación del hombre por el hombre.

La forma no dista mucho del escaparate de los supermercados para que goces de “tu libertad”: hay de todo, y sin embargo casi todo es lo mismo con distintas marcas. Lo esencial, quienes y cómo se han producido ochenta marcas de tomate frito, cuánto y a quienes han robado para producirlas tan baratas y cuánto nos roban al consumirlas ha sido perfectamente ocultado

por los simpáticos envases. De la misma forma se oculta la guerra imperialista y el capitalismo salvaje y mafioso al que estamos sometidos. Cada guerra parece tener una marca diferente, pero es la misma salsa de tomate. Salvo que no es salsa, sino sangre y despojo. En la época del ciber espacio, el control de la información oculta la raíz de los hechos, los fragmenta y crea una ideología soft –individualismo del sálvese quien pueda- que ayuda al imperialismo a mantenerse y expandirse. Sus instrumentos son el poder informativo –casi absoluto- que potencia el olvido, la tergiversación de la historia y la utilización del miedo.

En el concepto de ideología incluyo la lectura leninista y gramsciana de Marx, en el sentido que ideología es una concepción del mundo falsa pero que al mismo tiempo está atravesada por la lucha de clases. Hay una ideología dominante y hay una propuesta contra hegemónica que debe dar una batalla cultural y política contra la clase explotadora. De allí que para Lenin y para todos los movimientos antiimperialistas sea imprescindible la construcción de una cultura y unos medios de comunicación capaces de disputar la hegemonía. Es lo que Fidel llama la batalla de ideas. Hay una cultura de los explotados y hay una cultura de los explotadores. La cultura como mercancía y entretenimiento es la que el imperio potencia para poder instalarse y conseguir la cohesión y el consenso que necesita para seguir expandiéndose.

2.

En los últimos 50 años, Estados Unidos y las potencias europeas han desatado muchas guerras imperiales para dominar el mundo, y desde el 2001, han

estado sustentadas en la ideología del “antiterrorismo”, tal como antes se sustentaron en el “anticomunismo”. Las formas de esta guerra varían desde la ocupación militar al golpe parlamentario o judicial, pero lo cierto es que son y han sido permanentes. Sin embargo, estas guerras no sólo se libran por intereses económicos sino que cada vez más aparecen los intereses políticos y militares.

Quiero decir que para entender mejor la política imperial, es necesario diferenciar las luchas de intereses de al menos dos sectores dentro del propio poder estadounidense. Nos dice Petras: que “...La clave de la construcción del imperio estadounidense en el último medio siglo es el relativo declive de los intereses económicos y la aparición de consideraciones de tipo político y militar. Esto se debe en parte a la desaparición de los regímenes colectivistas (la URSS y Europa Oriental) y a la conversión al capitalismo de China y los regímenes de izquierdas en Asia, África y Latinoamérica. El declive de las fuerzas económicas como motor del imperialismo es el resultado de la llegada del neoliberalismo global. La mayoría de las multinacionales de Estados Unidos y la Unión Europea no están amenazadas por nacionalizaciones o expropiaciones que podrían desencadenar una intervención política imperial. De hecho, incluso los regímenes posneoliberales invitan a las multinacionales a invertir, comerciar y explotar recursos naturales. Los intereses económicos entran en juego en la formulación de políticas imperiales solo si (y cuando) surgen regímenes nacionalistas que desafían a las multinacionales estadounidenses, como en el caso de Venezuela bajo el presidente Chávez...”.

La política de Estados Unidos no sólo es explícita en cuanto a su papel de gran gendarme del mundo sino que exige la fidelidad más absoluta a sus aliados, en nombre de la lucha contra un enemigo que puede estar en cualquier parte, que cambia de forma y al que define como “terrorismo”. La fabricación del enemigo a escala internacional está en primer plano. Un inmenso aparato de control y de seguridad transforma así el llamado estado de derecho en un estado policial y militar que tiene derechos absolutos, un estado totalitario. (Con derecho a supermercado, entretenimiento o espiritualidad individual...).

“...Al mismo tiempo la guerra se privatiza, hay que mantener ese aparato coercitivo no sólo al interior de Estados Unidos sino en el mundo y los ejércitos se transforman en ejércitos mercenarios contratados por el pentágono. La industria militar privada se convierte en una fuerza muy influyente que está moldeando la naturaleza misma del imperio estadounidense.

Los estrategas militares, los defensores de los intereses coloniales de Israel en Oriente Medio y las corporaciones de servicios de inteligencia y control son el actor fundamental y en cierta forma esta política de creciente influencia del sector militar-financiero explica porqué el resultado de sus guerras ha sido nefasto, no ha sido capaz de construir un imperio económico próspero ni estable. Los países arrasados por la guerra, al contrario de lo que parecería dictar la razón imperial , son economías débiles e inestables que se rebelan constantemente...” (Petras)

En síntesis, se afianza la doctrina Bush de guerra e intervención permanente, que Obama no ha hecho más que profundizar; la retórica conciliadora y la

financiación del terrorismo imperialista encarnado en el Daesh y sus filiales. La base de Guantánamo y el bloqueo a Cuba siguen ahí. La guerra contra Venezuela se hace virulenta y miles de millones de dólares fluyen para corromper y controlar a políticos, jueces y parlamentarios adictos al imperio en Brasil y Argentina.

Una primera pregunta ¿Cómo operó esta estrategia de guerra permanente dentro de los países aliados al imperialismo, la UE y concretamente España? ¿De qué manera la llamada crisis fue un instrumento para vaciar de contenido internacionalista las luchas y las movilizaciones, que en 2011, mientras se bombardeaba Libia y se escuchaban los tambores de guerra en Siria, eran un tema casi tabú?

3.

Diversos métodos y lugares pero una misma y constante guerra, que si bien tiene causas económicas, es una guerra que se libra para defender un sistema político que garantice la supervivencia del capitalismo en su fase más perversa, el neoliberalismo o capitalismo de la desposesión a escala internacional. Por eso es vital el control ideológico y político de la población, tanto en los países del imperio euro-norteamericano y sus socios, como en los países que son blanco de la recolonización.

El imperialismo necesita de la derrota de las luchas populares y trabaja desde esta perspectiva. Para lograrlo utiliza una serie de estrategias de penetración e inteligencia –estrategias de desvío y confusión- como las aplicadas por el

octopor/canvas yugoeslavo y sus ramificaciones en las primaveras árabes, desde las armas de destrucción masiva que justificaron el genocidio en Irak, o las implosiones gemelas que justificaron la invasión de Afganistán, la destrucción de Libia, hasta el crimen de guerra abierta contra Palestina y la guerra contra los gobiernos legítimos del ALBA, pero la estrategia imperial necesita sobre todo contar con el desarme ideológico y político de las masas al interior del bloque imperialista.

Se trata de impedir la unidad de clase contra el imperialismo. Y Europa se ha convertido en un territorio clave desde donde llevar adelante la guerra hacia el este. Por eso, la lucha contra la impunidad en los países aliados al imperio es un tema clave. La lucha contra el imperio en el corazón del imperio definirá el tiempo que viene. Si bien los estados aplican las leyes nacidas al calor de la guerra contra el terrorismo y la política del estado burgués de derecho vira hacia el estado totalitario, con la excusa de la “seguridad” y la situación excepcional, controla y penaliza toda posible protesta que rompa los márgenes de la democracia formal que el poder de la clase burguesa necesita para mantenerse y secuestrar los derechos sociales de las mayorías.

No es casual que Obama fuera a Cuba a pedir olvido. Y se le respondió con memoria, con cultura revolucionaria, con historia, que es el eje principal de la resistencia.

En los países imperiales, sin embargo, el robo de los derechos sociales se suma a la pérdida de horizonte histórico; para eso sirve el discurso del

fatalismo y del fin de la historia. De allí la urgencia de recuperar la memoria y el sentido histórico y social de nuestra vida.

4.

Por último, apunto el tema del léxico imperial. La notable utilización de la palabra democracia, junto al mito de la libertad de expresión, ha sido el ariete poderoso contra los gobiernos y pueblos agredidos por el imperio. Es evidente en el caso de Irak, Libia, Ucrania y Siria. No hay día en que no se ataque en los medios a Cuba y a Venezuela. Y en estos dos casos la burguesía pro-imperialista española ha tenido un papel importantísimo.

El léxico es amplio y tiene una función ofensiva: libertad de expresión, derechos humanos, guerra humanitaria no son conceptos inocentes, a tal punto que en 2005, en las Naciones Unidas se vota una ley, la ley de responsabilidad de proteger, que legitima el derecho a la ingerencia de la Otan y sus aliados. Y lo hacen amparados en el concepto absurdo de “guerra humanitaria” ya instalado en la conciencia -o inconciencia- de masas. O sea que en el mundo del revés la guerra y las intervenciones militares cumplen una función humanitaria: asesinan a millones de personas con el consenso o el silencio de la población de los países involucrados en ella. Qué decir de la palabra corrupción que está en su fase más atronadora, cumple la misma función: ocultar que la corrupción es inherente al sistema capitalista. El ruido atronador protege al sistema y lo perpetúa.

Todo esto forma parte de la hegemonía ideológica de clase y es resultado de la propaganda del imperio tan implacable como constante. Sin embargo, este dominio es poco visible y es posible que de allí provenga su efectividad. En el estado español, que participa de manera activa en la guerra imperialista y en la OTAN, la guerra y las políticas imperiales se invisibilizan por una constante estrategia de tergiversación y fragmentación discursiva. Poca gente sería capaz de decir que está de acuerdo con la guerra, pero al mismo tiempo muy poca gente es capaz de comprender que la llamada crisis de los refugiados es una consecuencia directa de una guerra en que su gobierno como miembro de la OTAN y como proveedor de armas y recursos a los ejércitos mercenarios, está implicado. En esa fragmentación y en esa incapacidad de relacionar un hecho con otro es donde la ideología del imperio ha triunfado. Y eso es la barbarie. El caos que se presenta día tras día como hecho natural, los sucesos inconexos y carentes de causas, producen al mismo tiempo el miedo y una necesidad de orden. Una demanda de orden que permite al estado erigirse como un estado policial, dedicado a mantener la seguridad. La irracionalidad y la confusión son fácilmente manejables. En cierta forma este fue el huevo de la serpiente que engendró el fascismo.

5.

El imperialismo, como lo definió Lenin, es la nueva -o última- fase del capitalismo, que se internacionaliza como modo de producción dominante. Y para poder mantener o acrecentar ese dominio económico necesita no sólo del control político militar sino especialmente del control ideológico. En estos momentos asistimos a una prolongada crisis del sistema capitalista, cuya

única salida parece ser la intensificación de la guerra y la profundización del despojo. Es evidente que existen condiciones objetivas para un cambio de sistema social y político, incluso ese cambio sería la única posibilidad de que el gran desarrollo de las fuerzas productivas sirviera para construir una sociedad capaz de preservar y mejorar las condiciones de vida en el planeta entero. Sin embargo, ese cambio que depende de la voluntad política parece cada vez más lejano. Al menos en Estados Unidos y en Europa.

Pero si bien el imperialismo produce a través de la maquinaria del terror y el terrorismo una especie de parálisis de las luchas sociales más urgentes, produce también grandes luchas de resistencia que demuestran que es posible derrotarlo. Cuba, con su más de medio siglo de resistencia y a pesar de sus graves problemas económicos causados por el bloqueo, el monocultivo y su propia condición insular, sigue siendo la prueba de que el imperio no es invulnerable. Y lo dicho, la guerra contra Cuba no ha cesado ni un solo día y no se ha llevado a cabo por razones económicas sino porque al imperio le es imprescindible demostrar que el socialismo no es viable. En ese sentido Cuba es una gran victoria .

Qué es el pentagonismo

Juan Bosch

Fuente: Extraído de J. Bosch (1967): *Pentagonismo*, Fundación Juan Bosch, 2009 [pdf disponible en línea].

Si en una gran parte del mundo se sigue diciendo que hay países imperialistas y países colonizados es porque no nos hemos dado cuenta todavía de que el lugar del imperialismo ha sido ocupado por el pentagonismo.

En los días de su vigencia, que se prolongó hasta el final de la guerra de 1939-1945, la sustancia del imperialismo se explicaba como la conquista de colonias para aplicar en ellas los capitales sobrantes del país conquistador con el fin de sacar de las colonias materias primas con que mantener funcionando las instalaciones industriales de la metrópoli; al mismo tiempo las colonias se convertían en mercados compradores de las industrias metropolitanas, con lo que se establecía una cadena sinfín que ataba la vida económica de las colonias, mediante la sumisión política, al centro metropolitano.

De acuerdo con esa somera descripción del fenómeno llamado imperialismo, una colonia era a la vez una zona de aplicación de bienes de capital y una zona de acumulación de beneficios porque su mano de obra era barata, sus materias primas se pagaban a precios bajos, el sistema bancario de la metrópoli prestaba poco dinero, a corto plazo y a interés alto, los transportes de y hacia la metrópoli estaban bajo control y tenían tarifas elevadas para lo que compraban los colonos, y en cambio los productos manufacturados de la metrópoli llegaban a la colonia a precios altos. [...]

La conquista de una colonia, y su mantenimiento como territorio dependiente, reclamaba el uso de un poder militar destinado sólo a conquistar y retener el imperio colonial. Esto requería fondos, industrias de armas, escuelas especializadas en la formación de oficiales y de administradores civiles destinados a las colonias, poetas, músicos y pintores, periodistas y oradores que formaran la atmósfera heroica adecuada a las guerras en los territorios destinados a ser colonias. Pero esa atmósfera ha desaparecido, y los niños que están naciendo ahora tendrán que recurrir a libros viejos y a películas de otras épocas para conocer la estampa de los ejércitos coloniales.

El imperialismo es ya una sombra del pasado, y sin embargo por inercia intelectual seguimos diciendo que todavía hay imperialismo y seguimos acusando a este y a aquel país de imperialistas. Puesto que las dos terceras partes de la humanidad viven en sociedades capitalistas, y puesto que Lenin vinculó de manera indisoluble al imperialismo con el capitalismo –con su razón en su caso y en su tiempo– al decir que el imperialismo era la última etapa –o la etapa más avanzada– del capitalismo. Pero se trata de una ilusión. El imperialismo no existe ya y el capitalismo le ha sobrevivido.

¿Cómo y por qué se explica lo que acabamos de decir?

Porque el imperialismo ha sido sustituido por una fuerza superior. El imperialismo ha sido sustituido por el pentagonismo.

El capitalismo industrial comenzó a desarrollarse en manos de técnicos, no de científicos, y empezó a incorporar a los científicos desde finales del siglo XIX. La ciencia puesta al servicio del capitalismo, iba a abrirle a éste fuentes insospechadas de producción que le proporcionarían recursos infinitos para la acumulación de capitales; fuentes tan numerosas y tan productivas que junto a ellas las riquezas coloniales parecerían juegos de niños. Valiéndose del trabajo de los científicos, el capitalismo industrial iba a evolucionar rápidamente, después de la guerra de 1914-1918, hacia una etapa no prevista de sobredesarrollo, a la cual llegaría con motivo de la Segunda Guerra Mundial. Al entrar en la era atómica el capitalismo sería tan diferente del que había conocido el mundo hasta el 1939 que iba a corresponder al siglo XXI más que al siglo XX.

El capitalismo de hoy es capitalismo sobredesarrollado. Este nuevo tipo de capitalismo no necesita recurrir a territorios dependientes que produzcan materias primas baratas y consuman artículos manufacturados caros. El capitalismo sobredesarrollado ha hallado en sí mismo la capacidad necesaria para elevar al cubo los dos términos del capitalismo que se ponían en juego en la etapa imperialista. Sus formidables instalaciones industriales, operando bajo condiciones creadas por la acumulación científica, pueden producir materias primas antes insospechadas a partir de materias primas básicas y a costos bajísimos; esas nuevas materias primas, de calidad, volumen, consistencia y calibre científicamente asegurados, han permitido ampliar a cifras fabulosas las líneas de producción y con ello han hecho del subproducto la clave del beneficio mínimo indispensable para mantener una industria funcionando, de manera que los beneficios obtenidos con los productos

principales se acumulan para ampliar las instalaciones o establecer otras nuevas, y el resultado final de ese proceso interminable es una productividad altísima, nunca antes prevista en la historia del capitalismo. Gracias a esa alta productividad, el capitalismo sobredesarrollado puede pagar a sus pueblos salarios muy elevados, lo que ha dado origen, dentro de sus propias fronteras, a un poder adquisitivo que crece a ritmo galopante y que a su vez permite capitalizar a un grado que no hubiera sido capaz de sospechar el más apasionado promotor de expediciones militares para conquistar colonias en los mejores días de Victoria, reina y emperatriz.

Ahora bien, ese fenómeno, que debía originar necesariamente nuevos tipos de relaciones de las metrópolis con sus colonias –la descolonización del general De Gaulle, el Commonwealth británico– ha dado origen, en el país del capitalismo más sobredesarrollado, a un fenómeno nuevo. Este es el pentagonismo, que ha venido a ocupar el lugar que hasta hace poco ocupó el imperialismo. El imperialismo ha desaparecido ya del Globo, y con él debe desaparecer la palabra que lo definía. Lo que está operando ahora en América Latina, en Asia, en África –en todas las áreas poco desarrolladas– no es el viejo imperialismo definido por Lenin como la última etapa –o la más avanzada– del capitalismo. Es el pentagonismo, producto del capitalismo sobredesarrollado.

El pentagonismo retiene casi todas las características del imperialismo, especialmente las más destructoras y dolorosas, pero es una modalidad más avanzada, que se relaciona con el imperialismo en la medida en que el capitalismo sobredesarrollado de hoy se relaciona con el capitalismo industrial del siglo xix ; para decirlo de manera más gráfica, el pentagonismo

se parece al imperialismo en la cualidad de sus efectos, no en las dimensiones, así como el cañón que se usó en la guerra franco-prusiana de 1870 se parece a la bomba atómica lanzada en Hiroshima en que los dos producían la muerte, pero no el mismo número de muertos.

Sin embargo, el pentagonismo se diferencia del imperialismo en lo que éste tenía de más característico, que era la conquista militar de territorios coloniales y su subsecuente explotación económica. El pentagonismo no explota colonias: explota a su propio pueblo. Este es un fenómeno absolutamente nuevo, tan nuevo como el propio capitalismo sobresaarrollado que dio nacimiento al pentagonismo. Para lograr la explotación de su propio pueblo el pentagonismo realiza la colonización de la metrópoli; para colonizarla hay que usar el mismo procedimiento militar que se usaba para conquistar una colonia y resulta que la guerra no puede hacerse contra el propio pueblo, los ejércitos metropolitanos son lanzados a hacer la guerra contra otros países. Como eso era lo que se hacía en los tiempos ya idos del imperialismo –lanzar el ejército metropolitano sobre un territorio extranjero–, se sigue pensando que el imperialismo está vigente aún. Pero no es así. Efectivamente, no ha cambiado el uso del poder militar; lo que ha cambiado es su finalidad.

Las fuerzas militares de un país pentagonista no se envían a conquistar dominios coloniales. La guerra tiene otro fin; la guerra se hace para conquistar posiciones de poder en el país pentagonista, no en un territorio lejano. Lo que se busca no es un lugar donde invertir capitales sobrantes con ventajas; lo que se busca es tener acceso a los cuantiosos recursos económicos que se

movilizan para la producción industrial de guerra; lo que se busca son beneficios donde se fabrican las armas, no donde se emplean, y esos beneficios se obtienen en la metrópoli pentagonista, no en el país atacado por él. Rinde varias veces más, y en tiempo mucho más breve, un contrato de aviones que la conquista del más rico territorio minero, y el contrato se obtiene y se cobra en el lugar donde está el centro del poder pentagonista. Los ejércitos operan lejos del país pentagonista, pero los aviones se fabrican en él, y es ahí donde se ganan las sumas fabulosas que produce el contrato. Esas sumas salen del pueblo pentagonista, que es al mismo tiempo la metrópoli y por tanto el asiento de su poder.

El pueblo pentagonista es explotado como colonia, puesto que es él quien paga a través de los impuestos los aviones de bombardeo que enriquecen a sus fabricantes; de donde resulta que la metrópoli pentagonista convierte a su propio pueblo en su mejor colonia; es a la vez metrópoli y colonia, en una simbiosis imprevista que requiere de un nuevo vocablo para ser definida. No es ya el imperio clásico porque no necesita territorios coloniales para acumular beneficios. No hay ya una metrópoli que explota y una colonia explotada; hay otra cosa: hay el impentagonal o la metropocolonia.

Lo que gasta Estados Unidos en un mes de guerra en Vietnam no podrían recuperarlo en cinco años si se dedicaran a sacar de la vieja Indochina materias primas baratas y al mismo tiempo le vendieran productos manufacturados caros; y lo que gastan allí en un año de operaciones militares no podrían sacarlo en medio siglo ni aun en el caso de que los dos Vietnam –el del Norte y el del Sur– estuvieran cubiertos por una lámina de oro de un

centímetro de espesor. Si las minas de brillantes del Transvaal estuvieran situadas en Vietnam no producirían en 50 años de explotación intensiva lo que Estados Unidos gastó en 1967 combatiendo en Vietnam.

Pero lo que Estados Unidos gasta en un año en el territorio norteamericano para fabricar armas, buques, aviones de guerra, ropazapatos, medicinas y cerveza para las fuerzas que operan en Vietnam, los pentagonistas sacan lo necesario para mantener funcionando sus fabulosas instalaciones industriales y para pagar los salarios más altos del mundo, lo que a su vez se transforma, mediante el aumento del poder adquisitivo de los que cobran esos salarios, en una ultrarrápida formación de capitales por la vía de los beneficios. La escalada de la guerra de Vietnam comenzó en mayo de 1965; pues bien, en 1966 Estados Unidos tenía 164 millonarios más que en 1965, según información de la Dirección General de Impuestos sobre los Beneficios.

Esos capitales tan velozmente acumulados no son empleados en Vietnam, ni en todo ni en parte, con propósitos reproductivos, como lo hubieran sido en el caso de que la guerra fuera una típica operación imperialista, de conquista del territorio indochino para someterlo a explotaciones económicas. Esos capitales son empleados en Estados Unidos para producir más elementos de guerra y más artículos de consumo que permitan recuperar por esta última vía una parte de los altos salarios que están recibiendo obreros y empleados.

Aunque se han escrito varios estudios para probar que los gastos militares de Estados Unidos tienen poca influencia en la economía general del país, se ha ocultado el papel que esos gastos tienen en la formación y en el mantenimiento del pentagonismo como fuerza dominante en la vida

norteamericana. A partir del año 1951 el presupuesto militar de Estados Unidos pasó a ser más alto que el presupuesto del gobierno civil (federal), lo que en términos políticos significa que el poder militar comenzó a ser mayor que el poder civil puesto que disponía de más medios que éste, y en consecuencia el poder civil comenzó a depender más y más, para su estabilidad, de los gastos pentagonistas.

La palabra “estabilidad” no tiene en Estados Unidos el mismo significado, aplicada al gobierno, que en otros países. Allí un gobierno tiene mayor estabilidad cuando la opinión pública lo respalda mayoritariamente. Y resulta que los gastos del Pentágono han pasado a ser fundamentales para obtener ese respaldo. El presidente Johnson lo reconoció así en su informe de principios de año –enero 1967– al Congreso de la Unión cuando dijo que “el aumento en los gastos de defensa contribuyó (a crear) un cambio significativo en el clima de la opinión (pública). El escalamiento de (la guerra de) Vietnam aseguró virtualmente a los hombres de negocios americanos que en el futuro cercano no habría cambios económicos hacia atrás”.

[...]

Aunque estas afirmaciones del presidente de Estados Unidos son importantes, porque desmienten de manera categórica cuanto se ha dicho con el propósito de desvirtuar la importancia de los gastos de guerra en el crecimiento de la economía norteamericana, su valor político está en la frase a que nos hemos referido, aquella de que el “escalamiento de (la guerra de) Vietnam aseguró virtualmente a los hombres de negocios americanos que en el futuro cercano no habría cambios económicos hacia atrás”. Esos “hombres de negocios

americanos” son los que manejan la economía pentagonal, los que se reparten los beneficios que dejan los contratos militares; esos son los industriales, los banqueros, los transportadores, los comerciantes y los promotores que junto con los generales y los políticos pentagonistas manejan la política internacional de Estados Unidos.

Es cierto que el desaparecido imperialismo daba beneficios a los fabricantes de armas. Pero esos beneficios eran en cierta medida marginales; algo así como comisiones avanzadas sobre una operación mercantil de largo alcance. Los beneficios que buscaban los capitalistas –y los gobiernos de los países imperialistas– no eran los inmediatos que proporcionaba la venta de equipos militares. Los beneficios que se perseguían mediante la conquista de un territorio colonial eran los de inversiones a largo plazo. Los gastos de la conquista –incluyendo en ellos los equipos y la movilización militar– presentaban gastos de promoción para establecer empresas que debían empezar a rendir beneficios después que la conquista se consolidaba y se organizaba la explotación. Hay que tomar en cuenta que todos los gastos, incluyendo en ellos el valor de los equipos, producidos por un ejército colonial que se enviaba en el siglo xix al corazón de África o a un país asiático no podían acercarse siquiera a la enorme cantidad que supone el costo de producción –sólo de producción– de un escuadrón de bombarderos B-52. Por otra parte, una vez que se hacía el gasto de la conquista comenzaban las inversiones en bienes de capital para organizar la explotación de equipos como ferrocarriles, plantas mineras, puertos. Víctor Raúl Haya de la Torre vio claro este fenómeno cuando al comentar la tesis de Lenin sobre el imperialismo dijo que el líder ruso tenía razón en cuanto a los países

capitalistas, pero que en los países coloniales el imperialismo significaba la primera etapa del capitalismo, no la última, puesto que llevaba a esos territorios las inversiones de bienes de capital y las técnicas capitalistas de explotación, que antes no se conocían.

El pentagonismo no opera con criterio de inversiones de capital en un territorio colonial. El pentagonismo opera con métodos militares iguales o parecidos a los que usaba el imperialismo, pero su finalidad es distinta. Para el pentagonismo el territorio que va a ser o está siendo atacado es sólo un lugar destinado a recibir material gastable, tanto mecánico como humano. En ese sitio van a consumirse las costosas máquinas de guerra, las balas, las bombas, las medicinas, las ropas, el cemento, los equipos de construcción de cuarteles y caminos y puentes, la bebida y la comida de los soldados, y también los propios soldados o por lo menos muchos de ellos. El país atacado es el depósito final de los bienes producidos y ya vendidos y cobrados en la metrópoli.

Desde cierto punto de vista, para los que acumulan beneficios con la producción de esos bienes daría lo mismo tirarlos al mar que usarlos en operaciones de guerra. Pero en ese caso quedaría rota la cadena sinfín de producción, altos beneficios, altos salarios, mayores ventas, acumulación ultrarrápida de capitales y ampliación de la producción para volver a empezar, puesto que no podría justificarse la producción de equipos tan costosos y de tan corta duración si no estuvieran destinados a la guerra. Por otra parte, sólo un estado de guerra –que el pueblo pentagonista acepta como situación de emergencia– autoriza gastos fabulosos y la celebración de contratos a gran

velocidad y con firmas que dispongan del prestigio, de los créditos y de los medios para producir equipos inmediatamente.

[...]

En términos de negocios, el pentagonismo es la más fabulosa invención hecha por el hombre y tenía necesariamente que producirse en el país capitalista por excelencia, en el del capitalismo sobredesarrollado, puesto que era allí donde la capacidad para acumular beneficios se había colocado en lo más alto de la escala de los valores sociales.

El pentagonismo tiene varias ventajas sobre el decrépito y ya inútil imperialismo. De esas ventajas podemos mencionar dos: una de tipo económico y una de tipo moral. La primera consiste en que proporciona la manera más rápida y más segura de capitalización que podía concebirse en el mundo de los negocios, puesto que la totalidad de los beneficios –o por lo menos la casi totalidad– llega a manos de negociantes de la guerra antes aun de que los equipos militares hayan sido puestos en uso. En este aspecto, tal vez sólo el trabajo en los placeres de oro California proporcionó ganancias tan rápidas y tan netas, aunque desde luego relativamente limitadas. La segunda ventaja –la de aspecto moral– consiste que deja a salvo el prestigio del país pentagonista, es el atacante, porque puede decir al mundo –y al propio pueblo, que da el dinero para los equipos y para los beneficios de los negociantes y al mismo tiempo proporciona los soldados que van a manejar equipos y a morir mientras los usan– que no está haciendo la guerra para conquistar territorios coloniales, es decir, que no está actuando con propósitos imperialistas.



OTAN NO BASES FUERA

PROGRAMA DE ENCUENTROS DEL FORO

2ª Temporada: Primavera 2016

3 de Marzo IMPERIOS Y GUERRA IMPERIALISTA

Un recorrido histórico nos mostrará hasta qué punto el imperialismo forma parte del mundo que hoy conocemos.

31 de Marzo ESTRATEGIAS DE LA GUERRA IMPERIALISTA. MODELOS
DE EXPANSIÓN IMPERIAL

Podemos identificar estrategias según los escenarios de guerra y la prevalencia de elementos significativos.

28 de Abril OBJETIVOS DE LA GUERRA IMPERIALISTA

Sin duda el saqueo, y más concretamente el saqueo de las fuentes de energía, es un objetivo esencial del imperialismo, pero no es el único: comparte mesa con otros de otra naturaleza.

26 de Mayo VÍCTIMAS DE LA GUERRA IMPERIALISTA Y RESISTENCIAS

Con ser muy diversas las formas en que la violencia de la guerra imperialista incide sobre las poblaciones, en muchas ocasiones esta violencia no basta para conseguir el sometimiento de sus víctimas, apareciendo entonces innumerables formas de resistencia.